

Misericordiosas llamadas al orden en el Nuevo Testamento

Mons. Dr. Miguel Antonio Barriola

I. BREVE PANORÁMICA INTRODUCTORIA

La educación, el deporte, las artes, la medicina y tantas áreas de la vida humana y civilizada, si anhelan ser eficaces, han de contar con la corrección de posibles fallas, que no se han de descartar, dada la endeblez de nuestra naturaleza humana.

Se aprende a caminar a los tumbos, que se han de superar. Docentes de matemáticas y demás asignaturas escolares han de advertir a sus alumnos, cuando caen en errores, para que no queden encerrados en su mundo y, antes bien, se adapten a la realidad.

La medicina, con sus portentosos adelantos, sana dolencias graves y molestas, pero no deja de recomendar dietas, que prohíben ciertos condimentos o comidas: sal hecha a un lado para hipertensos, dulces alejados para diabéticos, cuando no, la necesidad de hundir el bisturí y hacer sangrar, a fin de extirpar malformaciones dañinas.

En la vida de fe, la «metanóia» (cambio de mente, corazón y costumbres) aparece constantemente imprescindible, si se ha de sanar de la peor enfermedad, que es el pecado. Así comenzó Jesús a predicar después de haber sido bautizado por Juan: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. *Convertíos* y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15).

Es evidente, pues, que en tantas áreas de la vida ya natural, ya ante todo sobrenatural, la disposición bondadosa y misericordiosa de Dios,

para preservar a sus hijos de las posibles amenazas que asechan constantemente su bienestar, va unida a medidas no siempre gratas a primera impresión que, sin embargo, son profundamente convenientes.

II. ALARMANTES TENDENCIAS ACTUALES¹

Con todo, fácil es comprobar lo que C. Lasch, en su estudio sobre la mentalidad propia del narcisismo, relata «respecto de una interesante carta escrita por un niño de 11 años a J. Henry, promotor de una búsqueda sobre la dinámica de la vida familiar en los Estados Unidos, a propósito de la tendencia de su propio padre a evitar cualquier tipo de castigo: “*Me enseña a jugar al baseball y otros deportes y me da todo lo que puede*”. Pero se lamentaba: “*nunca me ha dado una cachetada cuando me la merecía*”.

«Comenta Henry: “Lo que parece querer decir este niño es que el padre... no puede darle aquello de lo que él siente tener necesidad para llegar a ser una persona: el justo castigo por sus errores. Para las personas que viven en una cultura permisiva es desconcertante enterarse de que una falta de castigo puede ser vivida como una privación”»².

G. Cucci, profundizando en las anormalidades actuales, poco aptas para una sólida salud personal y comunitaria, dice: «El justo castigo por lo que se ha cometido tiene de hecho una función catártica para el niño y no solamente para él: las tradiciones religiosas reconocían cómo la penitencia y la expiación constituían una modalidad de retorno a la vida, una manera de levantarse de la caída, del mal y de la culpa. En tal perspectiva la sanción, como lo han reconocido quienes se han ocupado de esta temática, más allá de la afirmación de la propia libertad y

¹ Se me perdonará esta presentación previa, algo extensa, pero me parece ilustrativa de excesos modernos que caricaturizan la genuina misericordia.

² LASCH, C., *La cultura del narcisismo*, Milano 2001 (202). Citado por: G. CUCCI, en: «Superbia» de su obra: *Il Fascino del Male-I vizi capitali*, Roma 2008, 54.

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

responsabilidad frente al mal cometido, se vuelve también un mensaje de esperanza y ofrecimiento de reconciliación: esto significa de hecho atestiguar que es posible salir del mal, el cual no constituye ni la primera ni la última palabra del actuar humano. El castigo subraya la importancia de dar un nombre a todo esto y de reconocerlo como propio: de tal modo la culpa se abre a una posibilidad de reparación y de pacificación, al contrario de la culpa negada. Como observa Ricoeur en su cuidadoso estudio sobre la fenomenología de la culpa y de la reconciliación: “El castigo verdadero es el que nos hace felices, restableciendo el orden; el castigo verdadero tiene como resultado la felicidad; es el sentido de la verdadera paradoja del *Gorgias*... *‘huir del castigo es peor que padecerlo’*”³».

El autor que venimos siguiendo, confirma sus observaciones, acudiendo ahora a: A. Philips, al lamentar, «que el fruto de esta inhibición a decir algunos “no” al niño desemboca en el cultivo de un pequeño tirano incapaz de hacer frente a la realidad⁴, o sea de reconocer con objetividad las propias capacidades reales y de saber pedir ayuda a la madre, estableciendo de tal modo una relación auténtica, aprendiendo a vivir una sana dependencia... Cuando esto no sucede el riesgo puede ser el autismo, la incapacidad estructural de reconocer el valor y la importancia de los límites, de los confines que establecen nuestra identidad y a partir de donde es posible realizar algo.

³ P. RICOEUR, *Finitudine e colpa. II. La simbolica del male*, Bologna (1970), 292, (Citando a: PLATÓN, *Gorgias*, 474 b. En: G. CUCCI, *ibid.* 57).

⁴ Me viene a la mente una eficaz viñeta de Chaunu, en dos cuadros. El primero, señalando el año 1969, muestra a un niño acongojado, teniendo por delante a sus padres y maestra, que le enrostran: «¿Qué son estas notas?». La escena correlativa indica el siglo XXI, año 2009. Pero ahora el chiquillo, con los brazos cruzados y actitud arrogante, ve cómo sus padres increpan a la maestra, acurrucada en su escritorio, bajo idéntica pregunta: «¿Qué son estas notas?».

»Sin límites reconocidos y aceptados se da el riesgo de refugiarse en una fantasía omnipotente, donde todo es igualmente accesible, porque es imaginado, “fingido” como escapando de las situaciones reales. En el fondo de la incapacidad del padre para decir algunos “no” se puede encontrar en la mayor parte de los casos una antigua herida: no haber podido vivir la propia infancia, o sea: no haber conocido la experiencia de apoyarse en alguien, reconociendo la propia impotencia y fragilidad, al mismo tiempo que la protección afectuosa de los padres frente a los peligros de la vida»⁵.

Tal flojera en corregir errores, conductas desviadas, pecados en una palabra, también se va insinuando en la Iglesia de estos tiempos, bajo el manto de una rengueante «misericordia» que suele destacar con acierto, la amplia indulgencia de Jesús: «Tampoco yo te condeno» (Jn 8, 11), pero guardando silencio sobre lo que sigue inmediatamente: «Anda y en adelante no peques más».

III. PREMISA INDISPENSABLE: MISERICORDIA Y VERDAD

No se puede negar que recibir una multa, una reprensión, un tirón de orejas está lejos de ser agradable. El reproche saca a la luz una faceta equivocada de nuestra personalidad, ideas o acciones descaminadas, que delatan nuestras limitaciones. Todo ello provoca tales disgustos que, por lo común, en un movimiento primerizo nos encabritamos ante la llamada al orden.

Por lo mismo, llegando ya a la perspectiva neotestamentaria, sin duda que será muy conveniente proponer como pórtico de las siguientes reflexiones la profunda advertencia de Heb 12, 5-13: «*Hijo mío, no desprecies la corrección del Señor, y cuando te reprenda, no te desalientes. Porque*

⁵ PHILIPPS, A. *I no che aiutano a crescere*, Milano 1999, 20-21. Citado en G. CUCCI, *ibid.*, 57.

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

el Señor corrige al que ama y castiga a todo aquel que recibe por hijo” (Prov 3, 11 ss).

»Si ustedes tienen que sufrir es para su corrección; porque Dios los trata como a hijos y ¿hay algún hijo que no sea corregido por su padre?⁶ Si Dios no los corrigiera, como lo hace con todos, ustedes serían bastardos y no hijos. Después de todo, nuestros padres carnales nos corregían, y no por eso dejábamos de respetarlos. Con mayor razón, debemos someternos al Padre de nuestro espíritu, para poseer la vida. Porque nuestros padres sólo nos corrigen por un breve tiempo y de acuerdo a su criterio. Dios, en cambio, nos corrige para nuestro bien, a fin de comunicarnos su santidad. Es verdad que toda corrección, en el momento de recibirla, es motivo de tristeza y no de alegría; pero más tarde produce frutos de paz y de justicia en los que han sido adiestrados por ella. Por eso, *que recobren su vigor las manos que desfallecen y las rodillas que flaquean. Y ustedes avancen por un camino llano (Prov 4, 26)*, para que el rengo no caiga, sino que se cure».

Según explica A. Vanhoye, «el objetivo, al que Dios tiende es definido de modo admirable (v. 10), que revela la extraordinaria generosidad de Dios y la grandeza de su ambición paterna para con aquellos y aquellas, que él acoge como sus hijos y sus hijas. Quiere que “seamos partícipes de su santidad”; o sea, quiere regalarnos su santidad, el don más grande que ÉL pueda hacer, porque su santidad es lo que mejor lo define a él mismo. La noción bíblica de la santidad de Dios es muy rica y muy profunda. Implica un aspecto negativo de separación: Dios es el totalmente otro; en él no hay absolutamente nada de profano y él es temible para todo lo que es profano. El contacto con el Dios, santísimo, revela al hombre su impureza “¡Ay de mí! Estoy perdido, porque

⁶ Nos permitimos interrumpir la cita, midiendo la distancia enfermiza, que se ubica entre esta comprobación de sentido común y el estado de nociva permisividad, que hemos visualizado al comienzo de este estudio.

DIÁLOGO 70

soy un hombre de labios impuros...” (Is 6, 5). Pero, por otra parte, esta santidad es de una riqueza indecible, inagotable.

»Dios quiere comunicar su santidad, porque nos ama y quiere ponernos en profunda comunión con él. Este proyecto de amor puede realizarse sólo mediante una acción divina que nos purifique radicalmente y nos transforme. Esta acción se realiza necesariamente a través de las pruebas... El autor añade una consideración que se aplica a “toda corrección” y que se refiere al contraste entre el efecto producido por la corrección en el momento mismo y su resultado ulterior. La idea no es nueva. Ya Aristóteles la expresaba diciendo: “La corrección tiene raíces amargas, pero sus frutos son gustosos” (frase citada por Diógenes Laercio, 5, 18). Como el Estagirita, nuestro autor habla de “fruto”, pero explicita mejor su pensamiento, distinguiendo “el momento” de la corrección y lo que viene “después”. A este propósito expresa dos matices diversos: en “el momento” de la corrección, el efecto producido es sólo una impresión que se tiene: es lo que “parece”, pero no corresponde a la realidad profunda. “Después” aparece el verdadero resultado: la corrección “produce frutos”. Implícitamente, el predicador invita a sus oyentes a no ceder ante la impresión de tristeza. En esto concuerda con la Carta de Santiago, que expresa la misma invitación en modo explícito, diciendo: “Hermanos, alégrense profundamente cuando se vean sometidos a cualquier clase de pruebas, sabiendo que la fe, al ser probada, produce la paciencia” (Sant 2, 2-3; ver también I Pedr 1, 6-7)... En general, una buena educación produce un resultado de paz (v.11), porque hace alcanzar un equilibrio humano en el que encuentran su justa ubicación las diversas facultades y tendencias. Vuelve a la persona capaz de relaciones armoniosas con los demás. Este “fruto de paz” es también un fruto de “justicia”, entendida en sentido bíblico, de aquello que vuelve al hombre un

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

“justo”, porque la educación reprime las malas tendencias, corrige las culpas, enseña el justo modo de pensar y comportarse»⁷.

Abundando en este previo y fundamental enfoque, se desea poner de relieve que las pruebas, las correcciones (familiares o divinas) nos sitúan ante «la verdad»: caer en la cuenta de dañosas equivocaciones hogareñas o de la indignidad propia ante lo más sublime: «la Santidad de Dios». Comprobación que lleva anejo el honesto reconocimiento de la decadencia humana y la posibilidad de su superación. Esto si se aceptan, por más que cuesten lo suyo, las rectificaciones orientadas al bien verdadero, lejos del bien aparentemente agradable pero dañino.

La misericordiosa comunicación de tan alta santidad a nuestra baja condición, implica purificar por medio de pruebas medicinales la enfermiza creatura que todos somos.

Entonces asoma el riesgo del ofuscamiento de la verdad, si se cede a la primera impresión de disgusto, que no está de acuerdo con la realidad profunda y salutífera de la reprensión⁸. Sin embargo, es un componente de la misericordia más auténtica el no pasar por alto las enfermedades poniendo remedio a las mismas, que muchas veces no concuerda con ansias desmedidas de bienestar.

⁷ VANHOYE, A., *L'Epistola agli Ebrei - «Un sacerdote diverso»*, Bologna 2010, 274-275.

⁸ Un proverbio alemán advierte: «Creo en el amor a primera vista, pero tengo por aconsejable dar un segundo vistazo». Lo mismo vale respecto a las espontáneas sensaciones de contrariedad.

Las primeras impresiones (sean de agrado o de disgusto) suelen ser engañosas. Recordemos las reacciones primerizas de rechazo, tanto en S. Agustín, como en S. Jerónimo, cuando se encontraron con lo que les pareció un estilo nada elegante de las Sagradas Escrituras, al lado de la pulida retórica de Cicerón o Plauto. (S. Jerónimo, *Epistula*, 22, 30, 2; S. Agustín, *Confessionum*, liber III, cap. 4). Superando aquellas incipientes sensaciones, llegaron a ser los grandes intérpretes de la Biblia, intérpretes que los siglos siguientes han reconocido.

IV. MISERICORDIOSAS ADVERTENCIAS DE JESÚS

Es conocida la falsa oposición de Marción entre el Dios justiciero y violento del Antiguo Testamento y el dulce y comprensivo del Nuevo. Y es verdad que Jesús superó muchas imperfecciones de la Antigua Alianza, que no era más que el borrador imperfecto de la Nueva, definitiva y eterna. Así suprimió la ley del talión (Mt 5, 38), mandando el amor a los enemigos (ibid., v. 44), siendo también proverbial la acusación de sus adversarios, por «comer con publicanos y pecadores» (Mt 9, 11; 11, 19; Lc 19, 7).

Ahora bien, esas extremas muestras de compasión de parte del Señor, no eran meras palmaditas de camaradería, si tenemos en cuenta la decisión del publicano Zaqueo, al donar la mitad de sus bienes a los pobres y restituir cuatro veces más lo que hubiere defraudado a sus semejantes (Lc 19,8).

No me detendré en las bien conocidas y fuertes recriminaciones a escribas y fariseos, blandiendo contra ellos epítetos tan agrios como: «raza de víboras» (Mt 12, 34; 23, 33), el cap. 23 de Mateo con sus siete «¡Guays!» referidos a esas mismas facciones judías, condimentadas de calificaciones tales como: «hipócritas, guías ciegos, insensatos». Actitud de reprensión, confirmada, por otra parte, también en los otros dos sinópticos (Mc 8, 15; Lc 11,37 - 53: con otra lista de «¡Guays!»; 12, 1).

Llama la atención el dato de que, ni para con sus más íntimos se ahorró Jesús saludables reconvenciones, muchas de ellas altamente severas.

Sin pretender ser exhaustivo, parece que será suficiente repasar algunas de las serias y no menos caritativas correcciones, con las que el Maestro por antonomasia tuvo que encaminar a sus discípulos preferidos, pero torpes para comprenderlo a ÉL y su plan de salvación, o exagerados en el aprecio que le tenían.

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

Así, comenzando por el más destacado de todos, Simón Pedro, portavoz frecuente de todo el grupo de «Los Doce». Después de haber acertado en definir a Jesús como «el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16), acto seguido a la espléndida felicitación del mismo Jesús, que le hacía saber cómo había sido iluminado por su mismo Padre, calificándolo como «piedra de su Iglesia» y, entregándole, por ende, «las llaves del reino de los cielos» (ibid., vv. 18 - 19). Aún así, dejándose llevar Pedro por un descontrolado impulso de amor a su Maestro, al querer alejar del mismo el menor atisbo de padecimiento y muerte (ibid., vv. 21- 22), Jesús lo conmina severísimamente: «¡Retírate detrás de mí, Satanás! Tú eres para mí un obstáculo, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (ibid., v. 23).

Agudamente observa A. Levoratti: «En la reprensión de Jesús a Pedro (Mc 8, 33), Mt añade: *Tú eres para mí un obstáculo* (lit. *un escándalo*), término que designa habitualmente la piedra con que el pie tropieza, provocando la caída. Así tenemos el contraste entre Simón, llamado *kefa* (Piedra), porque sobre esa piedra Jesús construirá su Iglesia, y esta piedra de escándalo, que trata de impedir que Jesús cumpla su misión de sufrimiento y de muerte que el Padre le había encomendado»⁹.

Episodio sobresaliente, si se puede decir, donde palmariamente se comprueba, hasta qué punto el aprecio exaltante de Jesús por Pedro, no desdice de una dura y recia enmienda, necesario y medicinal remedio para un cariño apasionado, pero totalmente fuera de lugar.

Junto con Pedro, los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, formaban el trío predilecto de Jesús entre los Doce. Los hace ingresar con ÉL, al resucitar a la hija de Jairo (Mc 5, 37), son testigos inmediatos de su Trasfiguración (Mt 17,1; Mc 9, 2; Lc 9, 28), los trae más cerca suyo, en su agónica oración de Getsemaní (Mt 26, 37; Mc 14, 26). Les puso el sobrenombre de «Boanerges», que según Marcos significaría: «Hijos

⁹ *La Biblia - Libro del pueblo de Dios*, Ed. Verbo Divino 2015, ad locum.

del trueno» (Mc 3, 17)¹⁰, seguramente por su carácter extremoso, según iremos comprobando.

Tal como Pedro, a quien no le cabía en la cabeza la posibilidad de sufrimiento y rechazo de Jesús luego de su primer anuncio de la pasión, en forma análoga Santiago y Juan, inmediatamente después del tercer vaticinio de Jesús sobre su muerte y completamente fuera de tono, le piden a Jesús el privilegio de sentarse a derecha e izquierda suya «en su gloria» (Mc 10,37)¹¹. Ambición descalificada inmediatamente por Jesús: «No saben lo que piden» (ibid., v.38), llamándolos al realismo de su misión redentora, la cual no podía «llegar a la luz, sino a través de la cruz» («per crucem ad lucem»).

¹⁰ «La etimología no ha sido todavía explicada satisfactoriamente» (Según H. HAAG, V. D. BORN, S. DE AUSEJO, *Diccionario de la Biblia*, Barcelona 1964, col. 243).

¹¹ En Mt 20, 20 ss. es la madre de estos dos hermanos la que ruega a Jesús tales prerrogativas para sus hijos.

Según L. Sabourin, «parece más probable que haya sido justamente la madre quien adelantó el pedido, si bien, naturalmente con la connivencia de los hijos. Como lo hace suponer la pregunta dirigida a ellos. La idea pudo haber sido sugerida por la promesa de Jesús, que los discípulos habrían de sentarse en los tronos del juicio (19, 28). Y si, como parece, Santiago y Juan eran parientes de Jesús, tenían ellos un particular derecho a pretender la precedencia también en el selecto grupo de los Doce». En la nota 34, el recién citado aclara: «Se puede sostener que Salomé, la mujer de Zebedeo, fuese la hermana de la Virgen María: comparar Mt 27, 56 con Mc 15, 40 (no: Mt, como erróneamente aparece en Sabourin la última cita) y Jn 19, 25». (Acoto, por mi parte, que en Jn 19, 25 se enumeran estas mujeres al pie de la cruz: «Su Madre y la hermana de su Madre, María, mujer de Cleofás y María Magdalena». A lo cual otro autor anota: «La hermana anónima de María según algún exégeta puede designar a la madre de los hijos de Zebedeo, Salomé, nombrada en Mc -15, 40-. En tal caso Juan sería un primo de Jesús»: A. POPPI, *I Quattro Vangeli - Commento Sinottico*, Padova 1997, 669).

También habría que dar la preferencia al dato de Mateo (iniciativa de la madre), teniendo en cuenta que Marcos suele abreviar considerablemente los datos ofrecidos por los otros dos Sinópticos. (Comparar los relatos de Mt y Lc sobre la resurrección de la hija de Jairo y la mujer hemorroisa: Mt 9, 18-26; Lc 8, 40-56 y Mc 5, 21-43).

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

La desmedida pretensión de Santiago y Juan despertó la indignación de los otros diez, también censurada por Jesús, curando recelos, envidias o enfrentamientos entre sus seguidores, a la luz de la alta finalidad de su empeño por ayudar, en lugar de buscar aplausos o reconocimientos mundanos: «Uds. saben que aquellos a quienes se considera gobernantes dominan a las naciones como si fueran sus dueños, y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Entre Uds., el que quiera ser grande, que se haga servidor de Uds.; y el que quiera ser el primero, que se haga servidor de todos. Porque el mismo Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud» (ibid., vv. 42-45)¹².

Otro episodio que muestra la impulsividad de los dos hermanos, se encuentra al comienzo del camino final de Jesús a Jerusalén, tan destacado especialmente por Lucas (Lc 9, 51-19, 28). Al no recibir un pueblo samaritano al Maestro, inspirándose probablemente en los arrebatos proféticos de Elías, proponen a Jesús: «Señor ¿quieres que mandemos caer fuego del cielo para consumirlos?»

Al igual que el amor descontrolado de Pedro, «el modo de juzgar de los Apóstoles manifiesta el celo ardiente de los mismos en honor del Maestro y una fe del todo grande¹³: no dudan de que ellos puedan llamar al fuego del cielo (por la experiencia de la primera misión, en la cual dice 9,1: “les dio fuerza y potestad sobre todos los demonios y para curar enfermedades”). La idea de tan duro castigo pudo surgir de

¹² Ver: Mc 9, 33-37, donde frena Jesús otra discusión por el estilo (a ver «quién era el más grande»), afirmando que, «el que quiere ser el primero, debe hacerse el último y ser servidor de todos».

Semejantes rencillas, en pos de ansias de superioridad, tuvieron lugar hasta en la Última Cena (Lc 22, 24-27), mereciendo la saludable rectificación del Señor: «¿Quién es más grande, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es acaso el que está a la mesa? Y, sin embargo, yo estoy entre Uds. como el que sirve» (ibid., v. 27).

¹³ Estoy siguiendo a: M. ZERWICK, S. J., *Exegesis in Lc 9, 51-11,53*, 2ª Editio cum supplemento, 1-14, Ad usum privatum, Romae 1961, 6.

DIÁLOGO 70

las palabras del Señor contra quienes no recibieran a sus enviados 9, 5 (a completar y entender en el sentido de 10, 10-12.16)¹⁴. El recuerdo de Elías estaba vivo por la (reciente) Transfiguración del Señor, que hablaba familiarmente con Moisés y Elías (9, 30).

»Piden sólo el consentimiento del Señor, del cual parecen estar seguros de antemano...El celo por el honor de Jesús es bueno, pero con demasiada facilidad se puede mezclar con un ánimo egoístamente vengativo, de tal modo que ya apenas es posible distinguir cuál de las dos razones de indignación sea la verdadera».

Tal desmedida preocupación por el honor del Maestro fue saludable y firmemente rechazada por Jesús, también aquí ÉL no permite excesos de celo hacia su persona y, como sigue narrando Lucas: «ÉL se dio vuelta y los reprendió» (ibid., v. 55). Porque (como apuntan A. Valensin y J. Huby); «El rechazo de hospitalidad no es una razón para cerrar definitivamente el acceso al reino a los samaritanos, enceguedidos por su particularismo nacionalista; se trata sólo de esperar la hora de Dios. Bien pronto, de hecho veremos a samaritanos que llegan a ser hijos del reino¹⁵. Por ahora Jesús, manso y humilde de corazón, enseña a sus discípulos inmediatos, como por lo demás a todos cristianos de todas las épocas, a bendecir a los que los maldicen y a orar por los que los calumnian»¹⁶.

¹⁴ Se aclara: «Donde no los reciban...les digo que a Sodoma en aquel día le será concedida una suerte mejor que a aquella ciudad» (ibid., vv.1º y 12).

¹⁵ En la n. 6, se refieren a Lc 17, 19, donde el leproso samaritano es el único de los 10 sanados, que se vuelve a agradecer a Jesús.

Se puede notar, además, cómo el mismo Juan, aquí tan «tronante» contra los samaritanos, será, junto con Pedro, el que confirmará la entrada en la Iglesia naciente de los primeros no judíos, los samaritanos, bautizados anteriormente por el diácono Felipe (ver: Hech 8, 5-18).

¹⁶ Citan: Lc 6, 28 (n. 7). *Vangelo secondo San Luca*, Roma 1965, 205.

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

Y, dada la problemática, que estamos enfrentando en el seno mismo de la Iglesia respecto a cierto tipo de indulgencia para con situaciones irregulares en el matrimonio, no podemos olvidar la misericordiosa vuelta de Cristo a los planes originarios de Dios, cuando instituyó el matrimonio: «Al principio no era así» (Mt 19, 8), contrariando las permisiones mosaicas, a causa de la «dureza de corazón de Uds.» (ibid.).

Reconociendo esta total novedad¹⁷ de la postura de Jesús, el gran teólogo, Card. Ch. Journet comentaba: «¡Qué paradoja también en la doctrina de la indisolubilidad del matrimonio! Doctrina que escandaliza y que salva. Entró en el mundo con escándalo de los discípulos¹⁸ y del mundo; pero tanto a ellos como al mundo les ha sido revelado por su medio algo irreversible en el tiempo, que nos vuelve capaces de comprender el sagrado respeto, inconcebible hasta entonces, que se debe a la mujer, a la dignidad del hogar, a la dignidad de la prole. ¿Podría la Iglesia renunciar a ella? Es el tesoro precioso que ella lleva en sí misma como en una frágil vajilla (II Cor 4,1). Lleva un sol, cuyos rayos misteriosos se difunden hasta las profundidades de las tinieblas; un

¹⁷ «Novedad» que, paradójicamente, significa que se ha de volver atrás, «al principio». De donde no se ha de extraer la conclusión de que «todo tiempo pasado fue mejor», pero tampoco se deduce que «todo tiempo moderno es preferible». Cuando se ha «adelantado» por caminos erróneos, el progreso consiste en «volver atrás y encarar la recta senda». S. Agustín alertaba contra «magnae vires et cursus celerrimus praeter viam» (muchas fuerzas y una carrera velocísima, pero fuera del camino, *In Ps XXXI, II, 4*, en *Obras de San Agustín - XIX Enarraciones sobre los Salmos*, I^o, Madrid 1964, 389). No menos sabrosa y aleccionadora al respecto es la reflexión de Sto. Tomás de Aquino: «Es mejor renguear en el camino que andar fuertemente fuera de él. Ya que quien renguea en el camino, aunque adelante poco, se aproxima a la meta; en cambio quien anda fuera del camino, cuanto más corre, tanto más se aleja de la meta» (*In Johannem 1*, 14).

¹⁸ Se recuerda: «Los discípulos le dijeron: “Si esta es la situación del hombre con respecto a su mujer, no conviene casarse”» (Mt 19, 10).

sol, cuya privación, arrojaría al género humano en la noche de la desesperación»¹⁹.

¹⁹ *Il Matrimonio indissolubile*, Roma 1968, 60.

Son conocidas las controversias que ha despertado el enfoque del mismo tema (matrimonio indisoluble) en un pasaje anterior de Mateo: «El que se divorcia de su mujer, a no ser en caso de unión ilegítima (*parektós lógou pornéias* -en Mt 19,9: *me epi pornéias-*), la expone a cometer adulterio» (Mt 5,32).

Con gran erudición, R. TREVIANO, después de repasar las posturas de 27 grandes exegetas católicos (entre ellos: A. M. Dubarle, L. Sabourin, R. Schnackenburg, J. Bonsirven, A. Vaccari, M. Zerwick), llega a la interpretación, basada en sólidas razones exegéticas, que se expone a continuación: «Nos parece, por lo tanto, que en la mente del evangelista los incisivos (se aclara: la reserva del v. 32 y de 19, 9) no significan tanto una excepción que abra la puerta a una posibilidad de divorcio, sino que su sentido obvio mantiene la rigidez de la nueva normativa, tan en contraste con la costumbre judía, admitida con más laxitud que rigor por las escuelas rabínicas. Sólo si mantenemos la regla con toda su dureza se explica la protesta de los discípulos en Mt 19, 10, que no encuentra otra respuesta que un remitir a la ley de gracia. Un caso semejante al que ofrece Mc 10, 27 (*se explicita*: después de la declaración de Jesús, sobre la dificultad de ingreso al reino de Dios para los ricos, ante el espanto de los discípulos: “Entonces, ¿quién puede salvarse?” /v. 26/, Jesús aclara: “Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo”). Sólo atribuyendo a la enseñanza de Jesús este radicalismo se explica también la posición de Mt 5, 32 en el contexto de las exigencias radicales de la nueva ley (cf. Mt 5, 17. 20. 21-22. 27-28. 33-34. 38-39. 43-44). Si el Señor se hubiese limitado a abogar a favor de la interpretación de Shammai (*se explica*: entre las diferentes posturas rabínicas al respecto, la de Shammai, más rigorista, requería una causa grave para el divorcio, como el adulterio. La de Hillel, permisiva, concedía que cualquier cosa, que disgustase al marido, era válido motivo para el divorcio, permitido por Moisés), no tendría sentido la contraposición entre Dt 24, 1 y la nueva doctrina de Mt 5, 31-32. Es imposible zanjar de modo absoluto entre las diversas exegesis, pero lo esencial es constatar que la Iglesia primitiva no se valió de esta cláusula para relajar su disciplina del matrimonio. Mt 5, 31-32 era para los judeo-cristianos de aquel tiempo una frase muy dura, pues la legislación del divorcio era valorada como un privilegio de Israel. La prohibición del divorcio ha tenido que ir precedida de la predicación de que ha transcurrido el tiempo de la ley porque ha hecho irrupción el tiempo salvífico, la voluntad de Dios en el paraíso» (*Matrimonio y divorcio en la Sagrada Escritura*, en: T. GARCÍA BARBERENA (dir.), *El vínculo matrimonial - ¿Divorcio o indisolubilidad?*, Madrid 2015, 48).

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

Habría muchos otros ejemplos en el IV^o Evangelio y los Hechos. Destaco sólo, para terminar con este vistazo de los Evangelios, que Lucas, el «scriba mansuetudinis Christi»²⁰, ante las vacilaciones e in-

Parece que sería posible aclarar algo más respecto al «inciso de Mt 5, 32», ya que son muchos los autores que, con indicaciones valederas, exponen con R. Fabris: se ha de tener en cuenta que este agregado (que no aparece en Mc 10, 2-12 ni en Lc 16, 18) se debe a la situación peculiar de la comunidad de Mateo, que «puede ser reconstruida sobre la base de algunos datos: ante todo la composición mixta de la Iglesia de Mateo, formada por cristianos provenientes del judaísmo y del paganismo, en segundo lugar el significado especial del término *pornéia* en algunos textos de carácter pastoral y disciplinar de la primera Iglesia relativos al matrimonio: designa las uniones ilegítimas entre consanguíneos. (En la nota 17 confirma: “Este es el sentido de *pornéia* en I Cor 5, 1 donde se trata de la convivencia incestuosa de un cristiano con la segunda mujer de su padre, y probablemente en Hech 15, 20. 29, dado el contexto disciplinar. En ambos casos se tendría la referencia a Lev 18, 6-18, que condena estas uniones entre consanguíneos como ‘abominación’”).

... En conclusión Mateo añade a la sentencia de Jesús la cláusula de excepción para volverla aplicable a la situación de su comunidad cristiana, donde se daba el caso de convertidos del paganismo cuyo matrimonio estaba contra la ley de Dios, que Jesús había venido a revelar y cumplir en su plenitud. Por lo mismo el texto de Mateo podría ser parafraseado así: “todo el que repudia a su propia mujer, excepto en caso de *pornéia*, es decir de matrimonio entre consanguíneos condenado por la ley, la expone al adulterio...” (Matteo, 1996, 150 y 151). Recuérdese que, para «adulterio» se cuenta con una palabra de otra raíz: *moijéia* (Jn 8, 3; Mt 15, 19; Mc 7, 22).

²⁰ DANTE ALIGHIERI, *De monarchia*, Lib I, XVI (XVII), 2.

Respecto a las mismas sublimes y conmovedoras tres parábolas de la misericordia en Lucas, cap. 15, no vendría mal meditar estas precisiones de A. VANHOYE: «Pero a esta altura hemos de hacer también otra observación: estas tres parábolas no tienen solamente el objetivo de convencernos acerca de la misericordia de Dios, sino también el de convertir nuestro corazón y unirlo a la misericordia de Dios.

De hecho, Jesús las ha dicho para responder a los fariseos y a los escribas, que murmuraban contra la misericordia manifestada por él hacia los publicanos y pecadores, cuando decían: “Éste recibe a pecadores y come con ellos”. Pensaban ellos que había que reprobador esta conducta. Jesús, en cambio, los invita a compartir la alegría divina de la misericordia regalada... Así Jesús quiere abrir nuestro corazón a la misericordia de Dios, no sólo en modo pasivo, o sea: volviéndonos disponibles

DIÁLOGO 70

terpretaciones nacionalistas de la actuación de Jesús por parte de Cleofás y su compañero (Lc 24, 21), el Resucitado, que se les une en el camino, los ubica en los planes más profundos y religiosos de Dios, empezando con duros, pero no menos convenientes epítetos: “¡Hombres duros de entendimiento, cómo les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés y continuando con todos los Profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se referían a Él” (ibid., vv. 25 - 27).

En consecuencia, si el mismo, que fue enviado por Dios, “no para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por ÉL” (Jn 3, 17), se vale, no obstante, de tales reprobaciones y muchas más correcciones, aquí no mencionadas y hasta de enmiendas exigentes al mismo Antiguo Testamento, cae de su peso, que la verdadera misericordia no se identifica con una floja tolerancia o indulgencia que todo lo permite.

El amor verdadero no sufre ver a las personas queridas con fallas, defectos o pecados, que lejos de volverlas felices (por más que a ellas así les parezca), las deforman humanamente y sobre todo ante la mirada de Dios.

V. VARIACIONES DEL MISMO TEMA EN SAN PABLO

Podrían servir de introducción las siguientes observaciones: el lenguaje de Pablo conoce los matices más diversos. Con los suyos va

a acoger esta misericordia, sino también en modo activo, o sea: practicando igualmente nosotros la misma misericordia, en unión con Dios.

El hijo mayor de la tercer parábola representa a los fariseos y los escribas, que son fieles a Dios, pero no comprenden su misericordia hacia los pecadores, encontrándola injusta. En cambio, Jesús los invita a abrir su corazón a la misma» (24^a *Domenica del Tempo Ordinario: Es 32, 7-11. 13-14; I Tm 1,12-17; Lc 15, 1-32*, en su obra: *Lecture Bibliche delle Domeniche - Anno C*, Roma 2003, 265-266).

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

desde las efusiones del corazón a los tonos vehementes y frecuentemente irónicos. Muestra de lo primero: «Nos hemos vuelto niños en medio de vosotros, como una nodriza que alimenta a sus hijos» (I Tes 2, 7). Las dos cartas a los tesalonicenses y la destinada a Filipos («cartas macedónicas») son sumamente tiernas²¹.

En cambio (ejemplo de lo segundo) hacia corintios y gálatas no ahorra su sarcasmo. Con los adversarios llega a ser punzante y hasta echa mano de las expresiones más crudas²².

Sabe herir y curar, humillar e infundir confianza. Pablo es de los pocos que, aun haciendo ver su autoridad y superioridad, aciertan en cultivarse la simpatía y la confianza. Un modelo de estas mezclas impresionantes lo tenemos en la II Corintios. Sintetizando con P. Madros²³: «Su frecuente “yo”..., este “yo”, a la vez seguro y tímido, seguro de Dios, temeroso a causa de la debilidad humana de Pablo, nos prueba que la afirmación cristiana de sí mismo no contradice a la renuncia a uno mismo... La historia de Pablo con sus corintios... es una ilustración interesante... de que el amor es un poderoso elemento de transformación radical; que el amor es un riesgo... Y si los gozos del amor son profundos, las “penas de amor” lo son en el mismo grado, si

²¹ Teniendo en cuenta, que también en ellas deja Pablo todo tipo de remilgos al margen: «Dios nos encontró dignos de confiarnos la Buena Noticia, y nosotros predicamos, procurando agradar no a los hombres, sino a Dios, que examina nuestros corazones. Ustedes saben -y Dios es testigo de ello- que nunca hemos tenido palabras de adulación, ni hemos buscado pretexto para ganar dinero. Tampoco hemos ambicionado el reconocimiento de los hombres, ni de ustedes ni de nadie, si bien, como Apóstoles de Cristo, teníamos el derecho de hacernos valer» (I Tes 2, 4-7).

²² A los propagandistas de la circuncisión, extremando el asunto de que se trata, llega a decirles: «¡Ojalá que se castren los que os soliviantan!» (Gal 5, 12). Respecto a los mismos judaizantes advierte: «Mirad a los perros, mirad a los malos obreros» (Filip 3, 2).

²³ *Susceptibilité et humilité - Saint Paul dans sa Seconde Lettre aux Corinthiens*, Jérusalem 1981, 62.

DIÁLOGO 70

no más...Este Pablo, tomado en su temperamento irascible, humillado por sus debilidades, nos enseña que hay que soportar las dificultades, combatirlas, soportar a los otros, débiles o (y) malvados, y, lo que es más todavía, soportarnos a nosotros mismos. Así, en nuestras “angustias y pruebas”, el Maestro soberano nos tranquilizará, concediéndonos la seguridad con que rodeó a Pablo: “MI GRACIA TE BASTA: PORQUE EL PODER SE EXPANDE EN LA DEBILIDAD” (II Cor 12, 9)».

Y, dado que la cosecha sería inabarcable para mi cometido, necesariamente he de ser parco en la selección de comprobantes, ya que este aporte no se centra en Pablo y se acude a él, sólo para corroborar hasta qué punto su doctrina, tan central en el Nuevo Testamento, sirve de poderoso testimonio a la misericordia auténtica, que no ahorra severas, pero no menos sanadoras amonestaciones.

VI. Iª COR.: SUPREMO ELOGIO DEL AMOR, SIN AHORRO DE SEVERIDAD

Los saludos finales de la Iª Cor finalizarán con esta conmovedora muestra de afecto: «Mi amor con todos Uds. en Cristo Jesús» (ibid., 16, 24).

Amor que no queda empañado por algunas de las más fuertes amonestaciones, que encontramos en el epistolario paulino.

En efecto, los cuatro primeros capítulos tienen como objetivo superar los corrillos, que habían surgido en la comunidad. Grupos antagónicos que se escudaban detrás de personalidades de primer rango y veneración en toda la Iglesia. «Los de la familia de Cloe me han contado que hay discordias entre Uds. Me refiero a que cada uno afirma: “Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo”» (ibid., v.12. Insistirá en los mismos nombres todavía tres veces más: 3, 4 - 6. 21 - 23; 4, 6).

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

Según se desprende del contexto, las oposiciones y rencillas tenían su raíz en el aprecio de una falsa sabiduría y retórica en el hablar, que sus fanáticos pretendían encontrar preferentemente en sus cabecillas, en oposición a los otros.

De ahí que, a lo largo de esta primera gran zarandeada paulina a su comunidad corintia, se dedique el Apóstol a rebajar esas pretensiones, basadas sólo en el aprecio de habilidades brillantes, pero alejadas de la auténtica ciencia divina, que se vale de lo despreciable a los ojos humanos, para demostrar que, en los planes de Dios se dan niveles de sabiduría, que no permiten altanerías, ni grescas partidistas.

Les bajará la cresta, llamándolos a la realidad: «Hermanos, tengan en cuenta quiénes son los que han sido llamados: no hay entre Uds. muchos sabios, hablando humanamente, ni son muchos los poderosos ni los nobles. Al contrario, Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar lo que vale. Así nadie podrá gloriarse delante de Dios» (ibid., 1, 26 - 29).

Nos encontramos ante una seguidilla de implacables desmoronamientos de pretendidas grandezas, que ante los planes de Dios nada tienen que ver. Al final de tal cascada de humillaciones, lo que se ha traducido por: «no vale nada», en el texto griego propiamente se lee: «*ta mé ónta*» (= las cosas que no son: v. 28).

Con todo, tal cúmulo de reprensiones no se opone a un cariño auténtico. No el que todo lo disculpa y bendice, sino el que cura y endereza, por más que cueste y cause dolor a primera vista.

Confesará, efectivamente: «No les escribo estas cosas para avergonzarlos, sino para reprenderlos como a hijos muy queridos. Porque,

DIÁLOGO 70

aunque tengan diez mil preceptores en Cristo, no tienen muchos padres: soy yo el que los ha engendrado en Cristo Jesús, mediante la predicación de la Buena Noticia» (ibid., 4, 14 - 15).

Y culminará estas saludables sacudidas, preguntando: «¿Qué prefieren? ¿Qué vaya a verlos con la vara en la mano, o con amor y espíritu de mansedumbre?» (ibid., v. 21). A lo cual habría que comentar: aunque hubiera tenido que blandir la vara, no lo hubiera hecho con menos amor, como bien observa Sto. Tomás de Aquino: «Pero no dice esto como que, si fuera con la vara, no iría sin caridad, siendo así que está escrito Prov c. XIII, 24: *Quien no usa la vara odia a su hijo, quien lo ama lo corrige a tiempo*»²⁴.

Pasando por alto otros desórdenes, a los que Pablo tiene que enfrentar en Corinto (incestuoso: 5,1 - 5; recurso a tribunales paganos: 6, 1- 11; fornicación: 6, 12- 20; fuertes y débiles ante carne sacrificada a los ídolos: caps.8 - 9), vayamos al centro más escabroso de las desavenencias corintias: la celebración comunitaria de la Cena del Señor, en los caps. 11²⁵ al 14.

Siendo la Eucaristía el Testamento mismo del Señor y por lo tanto el centro más sagrado de la vida cristiana²⁶, había llegado también a

²⁴ *Super Primam Epistolam ad Corinthios lectura*, caput IV, 227; en: S. THOMAE AQUINATIS, *Super Epistolas S. Pauli lectura*, Marietti 1953, 276.

²⁵ Prescindo del complicado asunto del «velo de las mujeres»: I Cor 11, 2-16, sobre el cual ofrecí ya algunas consideraciones: «*La ordenación de la mujer. Reflexiones bíblico-teológicas*» en: *II Jornada Bíblica -Actas- De la Escritura al Sacerdocio*, San Rafael 1999, 104-135.

²⁶ En la Constitución *Sacrosanctum Concilium* se califica a la liturgia como «cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza» (Nº 10). En el párrafo siguiente, tal fontalidad y perfeccionamiento se centra todavía más: «De la liturgia, *sobre todo de la Eucaristía*, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

Corinto. Pero, así como sucedió con otros valores fundamentales de la fe cristiana, fue recibida según los parámetros deformantes de aquella comunidad. En vez de dejarse llevar a sus altos requerimientos, pretendían acomodarla a sus gustos y costumbres. Se enturbiaba aquí la fuente misma de la unidad eclesial, dado el modo clasista con que aquellos cristianos celebraban la Cena del Señor, lo cual provocó la enérgica réplica de Pablo²⁷.

Lo más disonante era que se comiera «la propia cena» (v. 21), siendo así que el acto era eminentemente comunitario, subrayado por la reiteración de un verbo, indicador de convergencias hacia la asamblea - ekklesía: «Se reúnen (syn - érijesthe) más bien para mal que para bien» (v. 17). «Cuando se reúnen (syn - erjómemon hymón en ekklesía(i)) oigo que hay cismas²⁸ entre Uds.» (v. 18). No deja de ser paradójal y escandaloso que una «reunión» termine en «división».

Pero, por encima de todo, las comidas cristianas no tenían por objeto un mero agasajo de camaradería, sino conmemorar y hacer presente la «Cena del Señor», que «entrega su cuerpo por Uds.» (v. 24).

obras de la Iglesia tienden como a su fin» (*Concilio Vaticano II - Constituciones. Decretos. Declaraciones*, Madrid 1965, 155-156. -Destacado por mí-).

²⁷ Vuelve palpable la severidad de la amonestación paulina este apunte de J. M. DÍAZ RODELAS: «A resaltar dicha importancia (de los abusos corintios en la Cena del Señor) contribuye el contraste con la forma en que introducía el tema de la velación de las mujeres: allí, pese a la existencia del problema y como un modo de preparar psicológicamente a sus cristianos a acoger sus indicaciones, comenzaba con términos de alabanza: Os alabo...; aquí no sólo no los alaba sino que rechaza expresamente toda alabanza: no os alabo. Lo que está ocurriendo causa tanto daño a la comunidad que no procede captar la benevolencia de nadie; las cosas son como son» (*Primera Carta a los Corintios*, Estella 2003, 197. Insistirá en que no puede alabarlos en el v. 22: «¿Los voy a alabar? En esto, no puedo alabarlos»).

²⁸ La Iª Cor es el único escrito del epistolario paulino, donde aparece esta palabra: 1, 10; 11, 18; 12, 25).

DIÁLOGO 70

En semejantes condiciones, reprochará sin atenuante alguno: «lo que menos hacen es comer la Cena del Señor» (v. 20). Todo se distorsiona, ya que se estima más la propia comodidad que «la Iglesia de Dios», no compuesta de selectos aristócratas sino también de «los que no tienen nada» (v. 22).

Por eso, se ha de distinguir bien la causa de la culpabilidad de los corintios. No abusaban de la Eucaristía en el sentido de profanación, como si no hubieran caído en la cuenta de que se trataba de una acción sagrada. Su responsabilidad residía en que no valoraban las implicaciones comunitarias del sacramento y la unión de persona a persona con el Señor, porque en último término, no se lo valora a ÉL, si se desestima al prójimo, misteriosamente unido a ÉL.

Prácticamente estaban despojando de su «novedad»²⁹ a la alianza ofrecida por el Señor, para aprisionarla una vez más dentro de los rígidos niveles socioeconómicos del paganismo.

La armoniosa participación en la Cena del Señor, donde se come su cuerpo y se bebe su sangre, constituyen en la teología paulina una poderosa confirmación de sus profundas consideraciones sobre la Iglesia como «cuerpo de Cristo»³⁰. Esta insondable realidad sobrenatural, se veía quebrada con las antojadizas posturas subjetivas o de conventículos rivales entre los corintios. Así, ya en pasajes anteriores, ante el libertinaje del «todo me está permitido» (Ibid., 6,12), el Apóstol no había llamado al orden, apelando a una templanza estoica, sino, una vez más a la óptica estrictamente cristiana de la unidad: «¿No saben

²⁹ «Este cáliz es la Nueva Alianza, que se sella con mi sangre» (v. 25).

³⁰ Sin duda que este simbolismo tan real de la unión de Cristo con su Iglesia, ya estaba implícito en la experiencia fundamental de la vocación del Apóstol. Persiguiendo él a un puñado de cristianos, recibe la noticia de que, en ellos, prácticamente se estaba oponiendo al mismo Cristo: «Saulo, Saulo, ¿por qué ME persigues?... ¿Quién eres tú, Señor? Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hech 9, 4-5; 22, 7-8; 26, 14).

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

acaso que sus cuerpos son miembros de Cristo?» (ibid., v.15). Pero, si no en su origen cronológico (bautismo: I Cor 12, 13), por cierto, que el posterior ámbito eucarístico del cap. 10 es el más importante, en cuanto ilustra el gran alcance de este concepto y la realidad a que apunta: «El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque uno solo es el pan, aun siendo muchos, somos **un solo cuerpo**, pues todos participamos del mismo pan» (10, 16 - 17). Las consecuencias plenas de esta realidad, fundada en el bautismo y nutrida frecuentemente por la Eucaristía, serán explicitadas por Pablo, especialmente en los capítulos 12 al 14 de esta misma carta y en Efesios y Colosenses.

De este escrito de Pablo, tan erizado de controversias³¹, desvíos sobre un centro tan nuclear para la vida de fe, como es la celebración de la Cena del Señor (según acabamos de apreciar), nacen, sin embargo, los timbres más artísticos y elevados sobre el amor.

También, en medio de tres capítulos saturados de confrontaciones, debidas a las ansias en pos de los carismas o dones del Espíritu Santo más ostentosos (glossolalia - don de lenguas: caps. 12 al 14), nos encontramos con el sublime himno a la Caridad (cap. 13), donde Pablo echa mano a todas sus capacidades expresivas para poner de relieve «al camino por excelencia» (11, 31) del amor. Pasaje indudablemente poético por lo elevado de su forma y contenido³².

³¹ Tanto, que un congreso de estudios sobre sus primeros cuatro capítulos, llevó por título: *Paolo a una Chiesa divisa - (I Co 1-4)*, a cura di LORENZO DE LORENZI, Roma 1980.

³² No cabe aquí un análisis detallado del mismo, sino su entronque con el tema de las «misericordiosas llamadas al orden», de las que ya se viene resaltando las principales.

DIÁLOGO 70

Destaco que, hasta los carismas más eminentes e indispensables para la vida cristiana, como la profecía (o predicación), el sondeo de los misterios divinos por medio de la ciencia, una fe, que acompañaba a quienes hacían y hacen milagros, para demostrar lo fundado del Evangelio, una filantropía estoica y hasta cierto heroísmo martirial (acompañado con algo de vanagloria), que podrían ayudar a algún otro, pero no a él mismo, ya que sus renunciaciones no lo favorecen, ni son consideradas por Dios, para quien cuenta sólo el amor (I Cor 13, 1 - 3). En fin: todos esos privilegiados dones de la vida cristiana, son como nada ante Dios, en caso que no vayan acompañados y vigorizados por el amor.

Hasta virtudes tan eminentes y superiores a todo carisma, cuales son la fe y la esperanza, dejarán de ejercitarse en la visión y posesión eterna de Dios, que no será más que la culminación y permanencia del amor para toda la eternidad (v. 13).

Compendiando este recorrido sobre una misiva tan llena de reprecensiones y correcciones de fallas de todo tipo, que laceraban a la comunidad corintia, este monumento inigualable al amor, nacido en medio de tanta rivalidad, es muestra inequívoca, de que la genuina misericordia ha de ir sostenida por la verdad, por más que duela. La compasión eficaz no está reñida con serias reprimendas.

VII. EN LA CARTA A LOS GÁLATAS

Se ha hecho ya alusión al lenguaje extremoso, que las veleidades judaizantes provocaron en S. Pablo. Todos los intérpretes consideran que esta carta es una de las más fuertes escritas por el Apóstol. Analizar

Me he ocupado más detenidamente sobre este grandioso elogio del amor en: «Os muestro un camino por excelencia» (I Cor 12, 31) en: *El Espíritu Santo y la praxis cristiana - El tema del camino en la Teología de San Pablo*, Montevideo 1977, 201-238.

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

sus reprimendas medicinales llevaría un libro entero, de modo que se indicarán sólo algunos rasgos sobresalientes.

Por de pronto es la única carta paulina, que omite dar gracias a Dios por peculiaridades de la comunidad, a la que se dirige o por gratos recuerdos en ella acontecidos. De entrada aparecen los reproches: «Me sorprende que Uds. abandonen tan pronto al que los llamó por la gracia de Cristo, para seguir otro evangelio» (ibid., 1, 6).

Rememora cómo hasta se enfrentó con Cefas, porque dio a entender que se acoplaba a las tendencias judaizantes³³. Con semejante

³³ No entraré en detalles de esta discusión entre Apóstoles tan eminentes. Traté detenidamente el asunto en: M. A. BARRIOLA, «Pablo y Pedro en Antioquía», en: *Soleriana XXXIII/ XXXIV -Nº 29- 30 (2008)*, 3-37.

El incidente, por sonado que haya sido, va acompañado en esta misma carta de no menos señales, con las que Pablo da a entender su reconocimiento a la posición primacial de Pedro en la Iglesia. Así, ya con anterioridad al relato de este enfrentamiento, Pablo había dado muestras del relieve que para él tenía Pedro. En Gal 1, 8 dejó constancia de su especial premura por visitar a Cefas, no tanto (como observaba S. Juan Crisóstomo) con la finalidad de informarse de labios de una persona competente, cuanto por respeto a una celebridad. Tal es el sentido que da este Santo Padre a la expresión escogida por Pablo: *historésai Kéfan*. «Él no dice -según el Crisóstomo- *ver (idéin) a Pedro*, sino *visitar (historésai) a Pedro*, como se expresan los que van a visitar las ciudades célebres para conocerlas» (*In Galatas 1, 18; PG LXI, 613, 9*). Se ha de acotar que de este verbo «*Historéuo*» proviene nuestro término «*Historia*», ciencia que se preocupa, no de acontecimientos banales, sino de los que son dignos de «pasar a la historia».

No menos se ha de recordar cómo el mero ejemplo de Pedro fue suficiente para arrastrar a la simulación, no sólo a judeocristianos, sino también a los procedentes de la gentilidad («¿cómo obligas a judaizar a los gentiles?» v. 14) y lo que es más, al propio secretario de Pablo: «hasta el mismo Bernabé»: v. 13.

Para medir la implicancia de este detalle, es bueno rememorar la sobresaliente personalidad de Bernabé en la Iglesia de los orígenes. José, llamado por los Apóstoles Bernabé -que quiere decir: hijo del consuelo-, levita nacido en Chipre es puesto como modelo del desprendimiento comunitario en las primeras comunidades (Hech 4, 36). Fue enviado por la Iglesia de Jerusalén como supervisor de los pasos que se estaban dando en Antioquía sobre todo en la evangelización de

DIÁLOGO 70

gesto, Pablo en modo alguno pretendió armar una Iglesia aparte, acudiendo a un tribunal superior al mismo Cefas. En la nota anterior se ofrecen datos fehacientes, de que, pese a su confrontación grave con el supremo pastor de la Iglesia, no dejaba Pablo de reconocer su influencia en la conducta de tantos cristianos, por lo cual, no cabía una insubordinación, sino una enérgica, pero no menos caritativa llamada al orden.

El asunto era de tal envergadura, que va a dejar escapar esta queja: «¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién los ha seducido a Uds. ante quienes fue presentada la imagen de Jesucristo crucificado?... ¿Han sido tan insensatos que llegaron al extremo de comenzar por el Espíritu, para acabar ahora en la carne?» (ibid., 3,1. 3).

Que semejantes reproches en nada señalan un enfriamiento del amor del Apóstol hacia la Iglesia, por él fundada, se deja ver en la tierna rememoración de su primer encuentro: «Les recuerdo, hermanos, que se hagan semejantes a mí, como yo me hice semejante a Uds. En realidad no me han ofendido en nada» (ibid., 4, 12). Y revive acto seguido la delicadeza, con que lo recibieron en los comienzos, ante el aspecto enfermizo y repugnante de su aspecto físico (ibid., vv.13 - 15). Por lo mismo, y pese al gravísimo traspicé, que estaban dando los gálatas, no deja Pablo de acudir a muy afectuosas declaraciones de su amor por aquellos hijos suyos bastante inconstantes: «¡Hijos míos, por quienes estoy sufriendo nuevamente los dolores del parto hasta que Cristo sea

los paganos (ibid. 11, 22). Se lo califica como «hombre bondadoso, lleno del Espíritu Santo» (ibid. v. 24). A él se debe la superación de las prevenciones de los cristianos de Jerusalén para aceptar a Pablo, recién convertido (ibid. 9, 27). Fue Bernabé quien presidió la evangelización emprendida junto con Pablo, en el primer viaje apostólico (ibid. 13, 2). Estaba dotado de tal personalidad, que discutió tan vivamente con Pablo («paroxismos» llega a decir Lucas: ibid. 15, 39) al emprender el segundo viaje, terminando separados en lo sucesivo.

Y bien, este personaje tan sobresaliente en las comunidades primeras, no tuvo reparos en alinearse con Cefas. Cosa que indica el peso de Simón Pedro en todas las congregaciones cristianas de los primeros tiempos.

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

formado en Uds.! Ahora mismo desearía estar allí para hablarles de otra manera, porque ya no sé cómo proceder con Uds.» (ibid., vv.19 - 20).

Con palabras de A. Vanhoye, «el afecto toma otro tono; se vuelve materno. En una sublime expresión de amor generoso, Pablo se presenta a sí mismo como una madre en el momento de los dolores de parto. Él da este sentido lo más positivo posible a los tormentos que sufre con sólo pensar en la posible infidelidad de sus Gálatas. Quiere hacer servir sus penas a la vida espiritual de ellos, a la unión con Cristo (ver: I Ts 2, 7 - 8; II Cor 4, 11 - 12).

»Al finalizar Pablo expresa el deseo espontáneo del que ama, el de estar presente cerca de las personas queridas (ver: I Tes 2, 17; 3, 6 10). Su motivo es la búsqueda de una solución. Él siente que no basta una carta; se necesitaría un diálogo que lograra adaptarse mejor a las necesidades del momento y de encontrar el tono justo. Pablo se siente impotente y lo dice. Esta humilde admisión demuestra una sinceridad y una profundidad de afecto de lo más conmovedoras»³⁴.

VIII. VERDADERA MISERICORDIA

Se ha ofrecido un ramillete de reacciones paulinas, que a primera vista parecen excesivas, pero que, en realidad indican el profundo amor eficaz del Apóstol por sus comunidades.

Un *«laissez faire, laissez passer»* no condice con un aprecio real de hijos, alumnos o amigos, que yerran, haciéndose daño a sí mismos. Y tales recursos a convenientes remedios y advertencias, no sólo se dan en los Sagrados Libros del pueblo elegido por Dios. Se dan en abundancia en los «Sapienciales» (Proverbios, Eclesiástico, Sabiduría) surgidos en el mismo Israel, pero que poseen, además, un carácter de

³⁴ *Lettera ai Galati - Nuova versione, introduzione e commento*, Milano 2000, 116.

diálogo con otras culturas, coincidiendo en lo que se da de común con diferentes pueblos, por el solo hecho de ser humanos. Así Cicerón observaba: «*Cujusvis hominis est errare; nullius, nisi insipientis, in errore perseverare*»³⁵. Y, justamente, las «llamadas al orden», ya surgidas de la mera racionalidad humana e incorporadas en la historia de la salvación, demuestran que, lejos de provenir del mero encono o ser propias de caracteres iracundos, constituyen la mejor prueba del amor auténtico. Se lo ha podido comprobar con las muestras arriba comentadas, provenientes de la constante preocupación de Pablo por el progreso de la vida en Cristo de sus diferentes comunidades.

IX. EN EL ÚLTIMO LIBRO DE LA BIBLIA: APOC 3, 19

Dado que no se ha buscado presentar una enciclopedia completa del tema y, considerando que ya han sido expuestas las principales muestras, tanto en el Maestro por excelencia, Cristo Jesús, hermano y redentor nuestro, así como en Pablo, gran colaborador del Señor en la difusión del Evangelio, creo que una muestra del Apocalipsis, puede servir de corona y confirmación de lo que se viene exponiendo.

La última de las «Siete cartas a las Iglesias de Asia», la dirigida a Laodicea, es una de las más fuertes, en cuanto no se le reprocha ningún pecado grosero, pero es tremendo su estado, «ni frío ni caliente», pues el mismo Cristo prefiere que se encontrara alguno de esos extremos (Apoc 3, 15b). Se da allí un «término medio», que no es precisamente virtuoso³⁶.

Jesús, en cambio, no anda con paños tibios, porque sólo la operación hecha con energía asegura el salvataje. Sus golpes llueven derechamente sobre la Iglesia satisfecha, infligiéndole cinco tremendos

³⁵ *Philippica* XII, 2.

³⁶ Con mirada penetrante observaba CH. PÉGUY: «Hay algo peor que tener un alma perversa. Es tener un alma habituada» (*Les jours du Seigneur*, p. 374, citado por: CH. BRÜTSCH, *La Clarté de l'Apocalypse*, Genève 1966, 86).

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

calificativos en fila: «desgraciado, miserable, pobre, ciego, desnudo» (ibid., 3, 17). No hay réplica posible. No es el «estás muerto», lanzado a la cara de la comunidad de Sardes (ibid., 3,1). Pero la Iglesia de Laodicea no está menos sobre el precipicio y la bancarrota, justo cuando se creía asegurada contra todos estos riesgos; y su falsa habilidad es tanto más grave, cuanto que ella ignoraba su estado.

Semejante cascada de reprobaciones no tiene como objetivo arruinar a aquella Iglesia enferma, porque la represión no está reñida con el amor, como lo indica la cita, que sigue de Prov 3, 12³⁷: «Yo corrijo y reprendo a los que amo». No es el reproche su primer movimiento, pero es provocado por la ceguera del educando, que no percibe objetivamente su bien real, yendo en pos de espejismos. «Este versículo y los siguientes son los más conmovedores del Nuevo Testamento», según E. - B. Allo³⁸, que sigue notando: «El autor del Apocalipsis, aún en medio de las amenazas más severas, no olvidaba que “Dios es amor” (I Jn 4. 8)». A la severidad, sigue la ternura más conmovedora: «¡Reanima tu fervor y arrepiéntete! Yo estoy junto a la puerta y llamo: si alguien oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor lo haré sentar conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono» (Apoc 3,19 - 21).

Citando a Arethas, hace ver Allo: «"Su llegada es sin violencia" ... Se trata de la llegada de un amigo suplicante y el tono es más bien el del Cantar de los Cantares, en lugar de amenazas... Porque es el hombre quien ha de abrir la puerta a Jesús... Se trata de la entrada secreta en el

³⁷ Que, como ya se vio, es empleado también en Heb 12, 4-11. Volviendo a Pablo, se trae a colación otra comprobación de lo que aquí se trata: «Si bien es verdad que los entristecí con mi carta, no me lamento de haberlo hecho. Si antes lo lamenté -al saber que aquella carta, aunque sólo fuera momentáneamente, los entristeció- ahora me regocijo, no porque ustedes se hayan puesto tristes, sino porque esa tristeza fue motivo de arrepentimiento» (II Cor 7, 8-9).

³⁸ *Saint Jean - L'Apocalypse*, Paris 1921, 44.

corazón, seguida de las alegrías de la gracia, y, más especialmente sin duda, de la Eucaristía. No hay imagen alguna, en todas estas Cartas, que tenga un carácter más íntimo, más individual y más conmovedor»³⁹.

X. VISIÓN DE CONJUNTO: SUPERAR APARENTES CONTRASTES

En todas las épocas, pero muy especialmente en cierta «cultura actual», ampliamente extendida por medios de comunicación de todo tipo, se tiende a confundir bienestar con ausencia de dificultades o esfuerzo, amor con pura caricia y romanticismo, benevolencia o misericordia con ausencia de reprensiones y enmiendas.

El mero sentido común ya nos advierte que esas equivalencias no son otra cosa que espejismos engañosos. Porque «el ser humano, de hecho, se desarrolla superando obstáculos, lo cual lo habilita para explicitar las propias capacidades al respecto; el narcisista, en cambio, se ha encerrado sobre sí mismo porque cualquier confrontación con las dificultades de la vida lo aplastaría»⁴⁰.

Y si tal es la perspectiva, ya desde una razonable apreciación sobre la vida común, icuánto más, las asperezas de la vocación sobrenatural, *la CRUZ*, que cada uno ha de cargar «cada día» (Lc 9, 23), sacarán a la luz las debilidades, las caídas, errores e inadecuaciones, que todos llevamos encima! Quien se ubique acertadamente, ya en el plano natural, ya, muy especialmente en el revelado, comprenderá, por más que cueste, cómo hemos de aceptar que «el hombre puramente natural no valora lo que viene del Espíritu... es una locura para él y no lo puede entender, porque para juzgarlo necesita del Espíritu» (I Cor 2, 14).

³⁹ *Ibid.*, 45.

⁴⁰ G. GUCCI, *Il Fascino del Male...*, 58.

MISERICORDIOSAS LLAMADAS AL ORDEN...

Ahora bien, una ayuda considerable, para despojarnos de nuestras estrecheces y así abrirnos al Espíritu, nos viene de las «misericordiosas llamadas al orden». Ya se ha visto cómo el autor de Hebreos (12, 7) coordinaba la experiencia pedagógica de la familia, con la más amplia y universal de los «hijos de Dios»: «Si Uds. tienen que sufrir es para su corrección; porque Dios los trata como a hijos, y ¿hay algún hijo que no sea corregido por su padre?»

Se vio confirmado este proceso en la formación, con que Jesús preparó a sus enviados y representantes. No sólo increpó a enemigos declarados (escribas, fariseos), sino que no ahorró reprimendas a aquellos mismos, por los que oró, antes de separarlos del resto de sus seguidores (Lc 6, 12 - 16). Los amonestó y a veces duramente, porque el verdadero amor no tolera torpezas en sus amigos, por más que nazcan de un malentendido aprecio.

En forma análoga tuvo que vérselas Pablo, ante los desarreglos, rencillas, malentendidos, sobre todo de sus corintios y Gálatas. No veía el Apóstol en sus advertencias, represiones policiales, afán de imponer su autoridad, sino que las consideraba como emanadas de su cariño de padre (I Cor 4, 14 - 15) y hasta de sus entrañas de madre (Gal 4, 19 - 20). Todo lo cual llega a la cúspide de lo admirable, si se tiene en cuenta que, de una de las misivas más polémicas de Pablo, surgió el sublime himno al amor (I Cor 13).

Por fin, en el libro que clausura toda la revelación del Antiguo y Nuevo Testamento, y en la última de las cartas del primer y tan importante «septenario» del Apocalipsis, se pudo apreciar hasta qué punto una de las más fuertes reconvenciones de toda la Biblia está empapada de aprecio verdadero, muy alejado de todo sentimentalismo (Apoc 3, 14 - 22).

Por lo cual, apreciando altamente la conmovedora y misericordiosa preocupación del «Buen Pastor», por sus ovejas (Jn 10, 1 - 18; Lc 15, 5: donde carga sobre sus hombros a la oveja perdida, resultando un

DIÁLOGO 70

«pastor con olor a oveja»), no se ha olvidar que le toca no menos blandir su báculo contra «los lobos rapaces», si no quiere rebajarse a la condición de «mercenario» (Jn 15,12 - 13)⁴¹.

Y, como ya también se lo puso de relieve: tales advertencias y correcciones no caen simpáticas, ni provocan aplausos (Hebr 12, 5 - 11), pero, para quien no se deja llevar de un primer impulso, son indicadoras de un sólido y eficaz amor (Apoc 3,14 - 22).

⁴¹ En su «testamento *pastoral*» a los presbíteros -obispos de Éfeso (Hch 20, 17. 28)-, Pablo insiste sobre esta tarea indispensable de todo pastor: «Velen por ustedes y por todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo los ha constituido guardianes (epískopous) para apacentar la Iglesia de Dios, que él adquirió al precio de su propia sangre. Yo sé que después de mi partida se introducirán entre ustedes lobos rapaces que no perdonarán al rebaño... Velen, entonces» (ibid. vv. 28-31).